

[Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), vol. XIII, núm. 3, pp. 167-172]

MENESES MORALES, ERNESTO (con la colaboración de Liliana Bedoy Lazo, Dorothy Huacuja Reynolds, Frederika Moreno Stein y Virginia Olaeta Elizalde), *Tendencias Educativas Oficiales en México, 1821-1911*. México, Editorial Porrúa, 1983 (787 págs.).

Hace dos años, en la magnífica bibliografía sobre historia de la educación en México que se presentó en el Congreso Nacional de Investigación Educativa, se afirmaba que la obra de José Bravo Ugarte, *La educación en México*, (1965), Ius, México, 1966, era “tal vez la síntesis mejor lograda de la historia de la educación en México” (Congreso Nacional de Investigación Educativa, Documentos Base, vol. II, p. 84). Si esa obra sigue siendo una muy buena síntesis, la que ahora reseñamos puede calificarse como el esfuerzo más serio, completo, documentado y sistemático realizado hasta ahora por reconstruir la historia de la educación mexicana. Se trata del primer tomo —que abarca desde 1821 hasta la caída de Díaz en 1911— de una obra que, se anticipa, contará con otros dos y comprenderá hasta 1958. Aunque el autor afirma que no ha pretendido hacer una historia de la educación, sino sólo examinar las tendencias educativas oficiales en el país (p. XI), es obvio que logra lo primero y de manera altamente satisfactoria.

Ernesto Meneses está especialmente cualificado para semejante empresa. A su sólida formación académica (Maestría en Psicología y Doctorado en Educación en la Universidad de Fordham), une toda una vida dedicada a la educación. Fue profesor del Colegio Máximo de la Compañía de Jesús en Ysleta College (Texas) y México, D. F., Director del Departamento de Psicología y del Centro de Orientación Psicológica de la Universidad Iberoamericana, institución en la que ha colaborado por tres décadas y de la que ha sido Rector y Vice-rector Académico. Su labor de docencia se ha centrado en la Psicología y la Pedagogía, pero se ha extendido a la Historia de la Filosofía Antigua y Moderna, a la Metodología de la Ciencia y a otros territorios relacionados. De su interés por la educación dan testimonio otros libros anteriores: *Educación comprendiendo al niño*, (8a. ed.), México, Ed. Trillas, 1983 y *Psicología General* (8a. ed.), México, Ed. Porrúa, 1983; Actualmente, como pro-

fesor emérito, dirige un Seminario de Historia de la Educación, del cual es fruto la presente publicación y en el cual participan las cuatro colaboradoras de la obra.

El libro se inicia con tres capítulos introductorios. En el primero se ofrece una visión panorámica de la ilustración europea —inglesa, francesa, alemana y española— que sirve para comprender la forma que revistió este fenómeno en la Nueva España. El segundo se ocupa de los pedagogos europeos más relevantes para el período: Rousseau, Pestalozzi, Herbart, Fröbel y Spencer. El tercero expone la situación política del México independiente, escindido desde su nacimiento por la irreconciliable lucha entre conservadores y liberales.

Se distinguen dos grandes períodos en la evolución de la educación de 1821 a 1911: la preparación y la consolidación. Al primero, que abarca hasta 1865, corresponden 12 “ensayos” (proyectos oficiales o personales, Implantados o no) propuestos para normar la educación; al segundo, de 1867 a 1911, pertenecen otros 19. Minuciosamente se analiza cada uno de estos ensayos, ubicándolos en su contexto y derivando sus consecuencias y significado para la construcción del sistema educativo.

La parte final de la obra, titulada “Reflexión Crítica”, plantea la pregunta de si la tendencia educativa del porfiriato, en la que desembocan muchos de los ensayos anteriores, llega a constituir una filosofía de la educación. Entendida esta última como una concepción que comprenda una visión del mundo, del hombre y de la sociedad, un conjunto de valores, una teoría del conocimiento y una teoría educativa, el autor concluye negativamente. El porfiriato es portador de una tendencia educativa cuyos presupuestos carecían de la necesaria solidez, cuya articulación interna estaba entorpecida por las contradicciones entre positivismo y liberalismo y cuya correspondencia con las necesidades de la población en esos años resulta bastante cuestionable. De estas insuficiencias se desprende que el sistema educativo era todavía, más que un todo integrado, un conjunto de logros aislados, a pesar de los ingentes esfuerzos de Sierra por articularlos.

A la obra subyace una concepción historiográfica según la cual se pretende identificar y reconstruir las tendencias oficiales que fueron orientando y moldeando la educación nacional. Se adopta como eje central de análisis la política educativa, expresada principalmente en los sucesivos “ensayos” o proyectos, especial atención se da al análisis de las leyes, reglamentos y planes de estudio en que se concretan las diversas tendencias.

A este eje central se añaden, en mi lectura personal del libro, cuatro ejes complementarios. El primero de éstos es la ambientación de cada momento, la cual se logra por la referencia al contexto político nacional, las coyunturas políticas y sociales, los debates filosófico-pedagógicos y algunas anécdotas significativas. Un segundo eje complementario es el de las innovaciones educativas (muchas de ellas debidas al azar, como bien nota el autor), que a veces son origen y otras consecuencia de las intenciones de la política educativa. El tercer eje lo constituye el análisis de los grandes educadores y de sus obras escritas; abundan semblanzas acuciosas de los grandes maestros de cada época y resúmenes de las obras que reflejan las teorías en boga, la percepción de los problemas y las dificultades de la práctica docente. El cuarto eje, finalmente, es el análisis, recurrente en cada

época, de la prensa, en la que la opinión pública reacciona a las decisiones gubernamentales. Es sumamente afortunada la manera en que estos cuatro ejes se complementan e iluminan el significado de la política educativa. Del conjunto se desprende una percepción fresca, contextualizada y personalizada, de un pasado que, de esta manera, se nos hace presente.

El lector asiste así al laborioso proceso de construcción del sistema educativo de México. Gradualmente, la educación primaria se vuelve pública, lo cual implica la conquista sucesiva de su gratuidad, su carácter laico, su obligatoriedad y su uniformidad. Se construye asimismo la Escuela Preparatoria, en la que está en germen la secundaria (que habrá de separarse hacia 1925) y, a fines del porfiriato, la Universidad Nacional. Con el estímulo de los Congresos Nacionales de Instrucción y la acción de Baranda, la educación empieza a hacerse moderna, y con la dirección de Sierra y la creación de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes para el Distrito Federal y Territorios (1905), empieza a ser nacional, o sea, a tener por objetivo “la construcción espiritual de México”. En cambio, el lograr que la educación, siquiera la primaria, fuera universal, quedaba como meta distante; casi un siglo después es todavía una meta no alcanzada.

Aun quienes estén familiarizados con la historia de nuestra educación encontrarán en este libro datos poco conocidos. Seleccione algunos ejemplos. La raíz de la separación entre la enseñanza normal y la universitaria se encuentra en la Ley Barreda del 2 de diciembre de 1867 (p. 176), situación que es refrendada posteriormente por Sierra al crearse la Universidad (p. 598). La distinción entre historia universal e historia nacional (distinción que resulta extraña a los países europeos) se debe a Sierra y no se introdujo sino hasta 1886 (p. 210). La Psicología Experimental se incorpora al currículum de la preparatoria ya en 1881, sólo 17 años después de que Wundt había fundado su primer laboratorio (p. 302). En la misma preparatoria se establece en 1883 una clase de náhuatl (p. 335) Ya en 1888 se prescribía que hubiera “maestros ambulantes” para atender la educación primaria donde no hubiera escuelas (p. 363, 383), anticipando así las misiones culturales de Vasconcelos y otras modalidades no escolarizadas. La educación primaria fue sostenida principalmente (en dos terceras partes) por los municipios hasta el principio del porfiriato; fue Baranda quien la federalizó al suprimirse las alcabalas en 1896 (p. 252, 269, 423). Otros datos curiosos, que sugieren que la historia podría ser maestra de la vida aunque no siempre lo es: en la Escuela Preparatoria se reprobó en una materia a Benito Juárez Maza, hijo del Presidente, sin que mediaran “influencias” (p. 243). En 1875 los preparatorianos realizaron una huelga como protesta por la expulsión de tres compañeros (p. 24).

Yendo a lo sustancial, la obra de Meneses tiene, en mi opinión, tres méritos sobresalientes. El primero es su rigor histórico: acude a las fuentes primarias siempre que ello es posible, las interpreta y extrae de ellas lo esencial. El método es acucioso; no perdona documento importante sin referirlo, resumirlo y analizarlo. Los 9 apéndices y 3 índices que se añaden al final son ejemplo de esta acuciosidad.

A este rigor se añade un segundo mérito: la amplitud de conocimientos del autor para contextualizar el pasado y volverlo significativo. Gracias a esta capacidad, el conjunto de datos se transforma en un análisis de las tendencias educativas que fueron influyendo en la educación del país.

El tercer mérito es la madurez de criterio con que se abordan los diversos temas, inclusive los más polémicos, como son el de la libertad de enseñanza y el laicismo educativo, temas omnipresentes y fundamentales para comprender nuestra educación a lo largo del siglo XIX. El autor no rehúye dar sus propios juicios cuando lo considera conveniente, pero lo hace sólo después de haber comprendido los hechos con actitud benevolente. Por eso es la suya una visión matizada y desapasionada, muy alejada de la visión maniquea de la historiografía oficial. Podrá estarse en desacuerdo con sus juicios, pero difícilmente se podrá estarlo con su actitud. Desde este punto de vista, esta obra es una aportación importante para superar los prejuicios y dogmatismos que tanto han perjudicado la tarea educativa nacional.

Apunto, por último, tres observaciones o sugerencias.

Sería útil que se precisara desde el principio la concepción historiográfica a la que se ajusta la obra. Hay en ella, efectivamente, una concepción implícita de lo que es la historia, de su naturaleza científica y de sus fines; ayudaría al lector que se la precisara explícitamente. En segundo lugar, se prestaría un gran servicio a los investigadores si en la bibliografía, al tratarse de documentos antiguos, se indicara en siglas la biblioteca o archivo en que se encuentran. Finalmente, se encuentran algunas repeticiones innecesarias (por ejemplo, de Abraham Castellanos se trata en p. 472ss y 567ss) aunque, justo es decirlo, no estorban la lectura.

En conclusión, se trata de una obra extraordinaria, de lectura indispensable para cuantos se interesen por conocer a fondo la historia del sistema educativo mexicano y por comprender las tendencias que lo plasmaron. Con vivo interés se esperan los dos tomos siguientes.

Pablo Latapí
Proyecto Tequisquiapan

SCHWARZ, Michael, *Kleinbäuerliches Wohnen in Mexiko*. Colección Entwicklungspolitische Texte de la Fundación Friedrich Naumann, Bonn 1983, 420 págs. Pedidos: a Friedrich-Naumann-Stiftung, Bereich Ausland, Postfach 120537, D-5300 Bonn 1, República Federal de Alemania.

Recientes ilusiones, como es el caso de que un país como México pudiera, gracias a su riqueza petrolífera, atravesar las fronteras del desarrollo y pasar a formar parte del conjunto de las naciones industriales, se han visto en los últimos tiempos necesariamente negadas: el desastroso déficit nacional y las consiguientes medidas

de la banca mundial han puesto brutalmente punto final a tales ilusiones, que habían olvidado ingenuamente las leyes férreas de la lógica desarrollo-subdesarrollo que rigen la convivencia (?) y la división del trabajo a escala mundial.

México se encuentra nuevamente hoy en el puesto que la división internacional del trabajo se ha empeñado a imponerle desde siempre: una dependencia del exterior, económica y política, cada vez mayor, una situación social catastrófica (desempleo, mortalidad, pésimas condiciones sanitarias, etc.) de las masas urbanas marginadas y del campesinado, a 60 años después de la Revolución.

“Ayuda para la autoayuda” parece ser el nuevo concepto de moda dentro de la política internacional contra el subdesarrollo. De hecho, lo que aquí se expresa no es más que una involución conservadora, una retirada progresiva del compromiso en los países subdesarrollados. ¿Tal concepto puede, a pesar de todo, encerrar aspectos nuevos y positivos, devenir medida eficaz si se supone otro contexto internacional que el ahora reinante?

Dar una respuesta ejemplar a esta pregunta, a propósito de la problemática del hábitat rural en el estado mexicano de Veracruz, es el tema del libro aquí reseñado; su autor ha pasado algunos años en el medio rural mexicano trabajando en diversos proyectos de desarrollo. Apoyándose en la crítica de los proyectos estatales hasta ahora puestos en obra, el autor propone la tesis siguiente: que la “ayuda para la autoayuda” no debe consistir en ningún caso en la transferencia de tecnologías y valores supuestamente “modernos” al mundo rural, sino que debe ser definida a través de la postura del “consejero solidario”, es decir, la prestación de un servicio para promocionar tecnologías propias y adecuadas al ambiente físico y cultural considerado, y para organizar el sujeto social correspondiente, capaz de tomar en sus propias manos el proceso de autopromoción.

Esto implica, por parte del “consejero”, una disposición sincera a aprender del medio en que él presta su servicio. Bajo este aspecto, M. Schwarz vierte en su libro una gran riqueza de conocimientos, asimilados durante su larga actividad en México. Partiendo de un amplio análisis de las condiciones de vida en el campo mexicano, el autor nos presenta un cuadro interpretativo bastante completo del hábitat del campesinado: de las condiciones, de los valores ideales y de los tipos de la vivienda campesina. Todo ello ilustrado con numerosos ejemplos. Especialmente interesante resulta el detallado catálogo de los principales elementos y materiales de construcción empleados en la arquitectura popular campesina.

Pero el autor no se detiene ni en la descripción ni en la interpretación científica. Estas le sirven más bien de base para formular una estrategia de promoción del hábitat rural, la cual debe partir de las posibilidades inmanentes y materiales insertas en el mundo campesino, de su cultura y de su arquitectura propias; una estrategia, por tanto, que niega todo carácter modélico general y abstracto y propone, en cambio (también con respecto a proyectos actualmente en marcha), las condiciones concretas de su realización: la integración y cooperación de “centros interdisciplinarios para el desarrollo rural”, de “bancos de materiales”¹ y de arquitectos con vinculación popular.

¹ Bajo tal institución el autor entiende la experiencia de los *Baujölfe* alemanes, donde a veces, con el apoyo de los municipios, vienen depositados herramientas y los más diversos materiales de construcción nuevos o provenientes de derribos y puestos a disposición de aquellos que construyen o reforman sus propias casas, de cooperativas populares, etcétera.

En resumen, puede decirse que se trata de un libro que, en puntos esenciales, se distancia grandemente de la bibliografía dominante sobre la ayuda para el desarrollo. Tal bibliografía elaborada desde la óptica absolutista del país “desarrollado”, se empeña, a través de informes triunfalistas, o bien a justificar políticas paternalistas. Y por ello ineficaces, o bien a legitimar ante la propia opinión pública los supuestos gastos que origina la política de ayuda. El punto de vista adoptado por M. Schwarz es precisamente el contrario; es el punto de vista de la realidad social y cultural que se trata de promocionar. Esto hace su estudio doblemente fructífero: en primer lugar para los directamente afectados, que probablemente encontrarían en este libro incentivos válidos y concretos para una reflexión y comprensión de la propia situación, de los propios valores y de las propias posibilidades, primer paso de concientización necesario en todo proceso de superación y autopromoción; en segundo lugar, para aquellos que, por profesión y compromiso político, se ocupan de los problemas de la ayuda para el desarrollo, quienes encontrarían aquí no sólo incentivos de método y de actuación política en tal campo, sino también una visión de unos valores a ellos “extraños”, pero que toda ayuda de fuera debe aprender a respetar y a integrar.

Juan Rodríguez Lores
Universidad de Aachen,
Alemania Occidental